

2. Un poco de historia

Hacia 1955 el proyecto de *Contorno*, ese semillero de celebridades, se encuentra suficientemente consolidado como para poder pensar que su institucionalización es un hecho. Es decir: por esa fecha el discurso de *Contorno* se liga con la universidad de manera positiva (con excepción de Masotta y Sebrelí, quienes hacen *Contorno* ocupar la cátedra universitaria).

En 1954 aparece *Borges y la nueva generación* de Adolfo Prieto en la colección Letras Universitarias. En la solapa de ese libro se lee una «Presentación» de la editorial, que reconoce su origen y su necesidad en el trabajo previo de la revista *Centro*, del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.

Los editores —dice la Presentación— se proponen publicar las obras de los estudiantes y profesionales universitarios del país; paralelamente, intentará colmar un antiguo anhelo de los estudiosos de habla española, al editar en cuidadas traducciones las obras que las bibliografías especializadas siempre registran, incluidas a su vez en los programas de las universidades. Con relación a estas actividades, confeccionará boletines, informaciones de congresos y bibliografías actualizadas de las ciencias y disciplina universitarias.

Es evidente que el proyecto de Letras Universitarias supone un viraje respecto del proyecto, fuertemente polémico, de *Contorno* (cfr. Mangone y Warley, 1981; Panesi, 1984; Masiello, 1985) y la inscripción de Prieto en este proyecto no puede pensarse como una mera casualidad. «Profesionales universitarios», «estudiosos de habla española», «cuidadas traducciones», «bibliografías especializadas», «informaciones de congresos» son enunciados que tejen un discurso cuya relación con la universidad (no peronista) es expectante y optimista.

En 1959 Jitrik publica su impresionante *Horacio Quiroga. Una obra de experiencia y riesgo* en Ediciones Culturales Argentinas (editorial dependiente del Ministerio de Educación), con una cronología de Oscar Masotta y Jorge Lafforgue que excede largamente el carácter parasitario del género para convertirse en una suerte de ensayo cronológico.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero por el momento alcanzan como límite de la institucionalización de *Contorno* arriba apuntada.

Contorno (su número 1 es de noviembre de 1953) opera fundamentalmente en el plano de las ideas sobre la literatura y sus efectos sobre la historia (cfr. especialmente Panesi, 1984, y Mangone y Warley, 1981). La crítica, en *Contorno*, antes que por su modo de operar, es relativamente homogénea por su énfasis político: ahí está su novedad más radical y su coherencia mayor. La institucionalización de un proyecto semejante y sus desarrollos diversos (la sociología literaria de Prieto, la crítica ideológica de Viñas, la semiología de Masotta, el textualismo de Jitrik, etc.) implican una mo-

dernización radical de la crítica, su discurso, su relación con las instituciones, su modo de circular en la sociedad. *Literatura argentina y realidad política* fue publicada casi en su totalidad en suplementos literarios y revistas culturales; *Sexo y traición* (escrito hacia 1957) no tiene relación con cátedra universitaria alguna; la *Encuesta a la Crítica literaria en Argentina*, publicada en 1963 por Prieto, reúne materiales de un seminario sobre el género dictado en la Universidad Nacional del Litoral.

Durante 1963 y 1964, en *La Gaceta de Tucumán* se publican polémicas sobre el estado de la crítica, el marxismo como fundamento de la teoría, etc.⁴ Hacia finales del período considerado se ve que la crítica *circula*, parece tener un público que no se agota en los alumnos y especialistas en literatura, su discurso es cada vez más sofisticado y deja ver, cada vez más claramente, lo que los ojos de *Contorno* miraban; la historia, bajo la especie de la lucha de clases, y el catálogo de Gallimard, paradigmáticamente.

Esa mirada estrábica (y muchos dirán: típicamente argentina) es la que opera como mecanismo de modernización: lo que se modifica por esa mirada es el saber y la política de la crítica, tal como era hasta ese momento.

2.1. Historia de un saber

En 1922 Ricardo Rojas escribe a Menéndez Pidal una carta en la que le comunica la necesidad de fundar un instituto de investigación filológica. Al año siguiente se inaugura el entonces Instituto de Filología, dirigido por Américo Castro, especialmente contratado para esa función y para el dictado de un curso en la cátedra de Filología Románica, de creación reciente. El Instituto permitiría, según palabras de Ricardo Rojas, formar «una escuela filológica argentina que contribuya al acervo de la filología universal» o, lo que es lo mismo, la institucionalización de un discurso crítico estatal.

Que la filología se constituyera, durante el primer cuarto de siglo, en la crítica académica oficial, no fue un accidente histórico pero tampoco una fatalidad. La práctica crítica que la universidad y los aparatos escolares piensan en ese momento para sí es subsidiaria de la tradición lingüística hispánica, fuertemente historicista y normativa. La filología, si bien desborda largamente los postulados de la lingüística histórica, aparece marcada por esas mismas características.

El desarrollo local de una corriente de crítica filológica, contemporánea de importantes procesos de modernización económica, de la incorporación de las masas a la vida política y de los módicos proyectos de vanguardia, no puede pensarse sino en relación con la política educativa de las clases dominantes. Ya se sabe: éstas utilizan en Argentina (más que en ningún

⁴ Para una descripción más detallada, ver Bastos, 1973.

otro país de América) a la educación como pieza clave del proceso de homogeneización cultural⁵.

Esto, que define al sistema escolar argentino desde su origen, y los distintos mecanismos de imposición de la cultura letrada, está detrás de la fundación de los institutos universitarios.

Naturalmente, la filología no se implantó sin generar polémicas, seguramente triviales, pero significativas en relación con el período objeto de estas páginas.

En 1941, Américo Castro publicó su libro *La peculiaridad lingüística del habla rioplatense y su sentido histórico*, libro en el cual recoge una serie de equivocaciones bajo la forma de impresiones y evaluaciones lingüísticas. Borges, rápidamente, le contesta en su artículo «Las alarmas del Doctor Américo Castro» (recogido en *Otras Inquisiciones*). La polémica tiene su historia: en 1927 los martinfierristas habían contestado la invitación de *La Gaceta Literaria* para establecer en Madrid el meridiano intelectual de Hispanoamérica con una tajante negativa. Esta hispanofobia, que ha sido suficientemente analizada e interpretada, adquiere en el campo de la crítica significaciones específicas. Por un lado, la crítica académica (con una inflexión fuertemente filológica) aparece aislada respecto del campo intelectual: ningún escritor, el caso de Borges es sólo un ejemplo, reivindica ese modo de leer. Por otro lado, lo que Borges (y antes los martinfierristas) señala, es el carácter esencialmente *político* de la crítica⁶. Su objeto, lo que Borges sale a defender, es la fatalidad del ser argentino. Su sentido se engancha con el del ensayo de interpretación nacional y sus modulaciones. Toda desviación respecto de ese objeto es leída como pérdida. La filología, así, con su obsesión por el texto original, la lengua primera y sus deformaciones, descoloca el problema de la peculiaridad. Al cruce salen Borges (*Evaristo Carriego*, 1930, y «El escritor argentino y la tradición», 1932), Martínez Estrada (*Radiografía de la Pampa*, 1933, y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, 1948), por ejemplo, para proponer modos de leer la literatura argentina que tácitamente polemizan con el proyecto de Ricardo Rojas o el de Roberto Giusti.

Ni la universidad, ni el Instituto de Filología consiguieron imponer el modelo crítico de la filología, que fue rápidamente desplazada de la escena por la estilística, introducida por Amado Alonso, director del Instituto de Filología a partir de 1927 hasta 1946.

En 1946 —según el conmovido relato de Frida Weber de Kurlat—, invitado Alonso para enseñar un semestre en la Universidad de Harvard, en momentos de desorientación de la vida nacional y universitaria, las autoridades de la facultad decidieron prescindir de sus servicios, no acordándole la licencia que había solicitado y dejándolo cesante. Los comentarios huelgan (Kurlat, 1974, pág. 3).

⁵ Ver una vez más Montaldo, 1987, para la función homogeneizadora de la crítica de Giusti.

⁶ Se trata de un tipo de acción política muy acotada al dominio en el campo literario y a la construcción de un horizonte cultural específicamente argentino. Años más tarde, Prieto censurará a Borges como crítico, precisamente a partir de ese artículo, al que califica de «irrespetuoso, injusto e insustancial» (Prieto, 1954, pág. 39) y retomará puntualmente las observaciones de Américo Castro. Los fundamentos de esa opción se verán más abajo.

La estilística es un poderoso dispositivo de lectura que intenta relacionar una analítica del texto con diversos modelos de interpretación cultural, que van desde el subjetivismo idealista (Leo Spitzer, Karl Vossler) hasta el materialismo histórico (Auerbach). Amado Alonso define en un artículo incluido en su *Materia y forma en poesía* la oposición filología/estilística. La primera es una disciplina *tradicional* que estudia «todo cuanto es necesario conocer para la recta interpretación de un texto» (pág. 107); la segunda recupera lo que la filología abandona: los valores específicamente poéticos. La estilística, esa nueva disciplina, lee la obra literaria como construcción poética y pone el acento en cómo está construida y «qué delicia estética provoca». La creación poética no es sino una reducción de la *Weltanschauung* a forma, con fines de belleza. El objeto de la estilística no es el texto como documento (de un estado de la lengua, de la sociedad o del arte) sino como creación estético-poética.

Así planteada, la estilística da para cualquier cosa: una estética de la lectura, una teoría textual, una teoría de la producción literaria, una práctica del desciframiento ideológico, una sociología del gusto. Y es efectivamente esa posibilidad de expansión y crisis perpetua de la estilística (cuya contrapartida es la persistente divinización del autor, ese héroe de la literatura burguesa), su disposición para mezclarse con otros saberes, para politizarse, para servir a diferentes objetivos prácticos (la pedagogía, la historia, la sociología, la psicología) sin perder su autonomía relativa, lo que la convierte en un paradigma fuerte⁷.

La estilística es efectivamente la práctica crítica que rápidamente adoptan todas las instituciones, desde los medios masivos hasta los aparatos escolares. A la vez que demanda, en sus versiones más sofisticadas, una serie de competencias (desde ciertas habilidades para manipular el texto —entrecruzamiento de saber lingüístico y retórico— hasta la capacidad de categorizar los contextos de emisión y recepción o de elaborar un modelo —psicológico— de inscripción del sujeto en el discurso), tolera cierto devaneo, cierto cotilleo impresionista, cualquier inconsistencia teórica o metodológica en la persecución de esa esencia de toda producción literaria, su «almendra poética», según dice Amado Alonso).

La estilística es un modo de leer (un método y una posición de lectura) con el que nadie puede sentirse demasiado incómodo. Sirve a la política de las clases dominantes (Spitzer) pero también sirve para ponerlas en cuestión (Auerbach). Su hegemonía sólo viene a ser cuestionada por la aparición del estructuralismo, y no por incompatibilidad metodológica, sino más bien por la ideología que el estructuralismo arrastra junto con su objeto predilecto: el discurso de los medios masivos.

⁷ La ejemplar obra de Ana María Barrenechea y sus discípulos (Enrique Pezzoni, Nicolás Bratosevich, Sylvia Mollon) es especialmente significativa en ese sentido. A partir de un marco teórico inicial casi exclusivamente estilístico (cfr. La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges), la obra de Barrenechea va incorporando nuevas categorías (del estructuralismo, de la teoría del texto, de la lingüística pragmática, de la teoría del discurso, etc.) sin perder su perfil nitidamente definido desde el comienzo.